

LA MÁQUINA ONÍRICA*¹

[I]

En los sueños, ¿se recuerda, se imagina, se fantasea, se delira?

No sé cómo he llegado hasta aquí, me dije mientras despertaba en el sofá de la sala en medio de la penumbra. Se percibía la extraña soledad nocturna, escuché a lo lejos uno que otro carro, el viento, luces pequeñas que se proyectaban en el techo. Me desperté por completo, hice consciencia de que había zigzagueado de camino hasta allí, llegué a tientas; la luz seguía reflejándose en las paredes del corredor, levanté la mirada entre dormida, extrañé el calor de las cobijas, me quedé pensando irremediablemente en lo que había pasado, lo que estaba pasando, lo que iba a pasar. Aún no estaba claro, por supuesto, debían ser lapsus o acontecimientos breves que lo cambian todo, igual que cuando dormimos e imaginamos. Me detuve a mirar la soledad de la calle, me tumbé de nuevo en el sofá. Volví a dormirme levemente, empecé a descifrar las sombras o las luces que se proyectaban en el techo. Hice mapas mentales con lo que escribiría si volviera a soñar: una constelación de palabras, imágenes en la libreta a manera de *collage*, diarios con oraciones sueltas. Todo como en un delirio.

Caja negra de los destinos

Somnolencia vivida

Abrir los ojos

Reflejo

Miedos

Tejido

Símbolos

Libertad

Estado alterado

Fantasía

Iluminación

Obturador del revelado

¹ Ensayo narrativo II, propuesta ganadora de la Beca en escritura sobre Artes Plásticas Galería Santa Fé - IDARTES. Escrito a propósito de la exposición virtual «Sueños Distantes», ganadora de la Beca Programación en Artes Plásticas Red GSF/ 2020.

Cerré los ojos otra vez. Intenté reproducir los laberintos a los que siempre me somete el subconsciente: pasar de una habitación a otra sin saber cómo, sentir que las paredes me aprisionan, contemplar gente que no conozco, vivir en lugares que jamás he habitado, ver los rostros de otros encarnados en el nombre de quienes pasaron por mi vida cercana.

Nada. Los sueños no se volvieron a reproducir. Seguí en vigilia permanente o tal vez en una parasomnia inconsciente. Las realidades en los sueños no se repiten, los mundos materiales se despliegan por asociaciones arbitrarias; no sabría dónde estoy a menos que logre sobrevolar un territorio, alcance a verme por encima del cuerpo o conquiste desplegar un panorama, me desdoble de lo que extrañamente pasa.

En el mundo propio todo es nublado, ningún evento se relaciona con otro, lo irreal parece rendirse ante lo que vivimos y las quimeras aparecen como un do sostenido. Cronológicamente, una historia no se relaciona con otra, muchas veces no sabemos a qué tiempo está sometido el recuerdo o la fantasía. En la cámara oscura todo es confuso, apretado, oscilante y aleatorio; “como soñado para ser escrito”, dice Perec. Aún así, como él, lo sueño porque lo escribo. Aún así quise volver a soñar. No concibo mi mundo sin eso. Mis textos, ideas y creaciones dependen de ese carácter premonitorio que implica fantasear.

No volví a soñar y si soñaba no me daba cuenta. Me despertaba obnubilada, sin saber cómo había llegado allí, tomé mi libreta gris y me dispuse a registrar mi experiencia. No soñé, enfrenté el insomnio permanente, nada se produjo. No supe cómo pasó, pero mi mayor temor se hizo realidad, perder los sueños, estar en el limbo, el desencuentro con lo que escribo, despertarse en la mitad de la noche en una cama desconocida, andar en pijama en el refugio de otros. Mi escritura viene de ese presente que es el sueño, desde esas ideas, secuencias y espacios de tiempo que me permite el subconsciente. Mi libreta gris, el núcleo de mi proceso creativo, se había extinguido, se había agotado, se había ido.

Imaginar esas constelaciones me dio esperanza. En ese pasado anhelado cuando dormía, podía despertar en mitad de la noche y con la evocación leve de la mañana escribía todo, absolutamente todo lo que había soñado. No era una transcripción, no era un relato, era lo que recordaba. Como el reporte de un inspector, me detenía en cada detalle que había vivido, todo lo que no se repetiría, lo que había percibido ligeramente; saltaba de un lugar a otro, con silencios largos si no me acordaba, dejaba espacios en blanco, garabateaba esqueletos, no me engañaba si me leía, solo repetía, trataba de ser lo más fotográfica posible y en ocasiones me daba algunas licencias de asociación. Escribir era como una pulsión mecánica, un teclear que volvía una y otra vez.

Luego, llegaba nuevamente cada ocaso y con él la esperanza de mi proceso creativo. Sentía que la mayor producción de mi imaginación se activaba mientras dormía. A veces no lograba nada, solo bocetos del recuerdo, a veces constelaciones de palabras, a veces simples invenciones, reproducciones del espacio o ambiente donde me había encontrado. Mi libreta permanecía conmigo y mis composiciones.

Por eso era tan importante volver a soñar, que pasara el insomnio, que mi cuerpo detuviera esa necesidad de mantenerme en vigilia. Parecía que mi mente se aclaraba en ella, aunque en realidad sucedía todo lo contrario. Si no duermo, no me sumerjo en el sueño, siento que no intuyo ni predestino mi futuro, no tengo certezas de lo que pasará, no me puedo adelantar a mi tiempo. En las visiones oníricas cerraba los ojos apretándolos fuerte. Traté de recordar. Nada. Ni una sola imagen vino hasta mí, sólo lo pendiente, escribir el *mail* al editor, cambiar el agua de la gata, editar el artículo, ampliar las preguntas en el ensayo de la exposición, recortar el relato que está a medias.

Leí en mi libreta gris algún sueño registrado, en mi cuaderno de notas reposan bastantes, quise ver si mi cabeza descansaba o lograba engañarla con algún sueño premeditado. No se puede documentar lo soñado, el limbo te va dictando. Navegas en un mar desconocido, se divaga, se reconstruye lo perdido; como el pensamiento que pasa a la escritura, nunca es genuino, se pierde en la mitad de lo pensado y de lo fantaseado.

[II]

Los rayos del sol apenas se asomaban por las montañas. Abrí los ojos, me di cuenta de que no había vuelto a soñar nada. Me enredé una y otra vez en las cobijas. Me quedé entredormida y somnolienta. Quise soñar de nuevo. Rememoré los trazos de la letra en mi libreta gris de las mañanas, temprano, cuando apenas se ponía en marcha el día. Garabateaba una y otra vez unguada por el dictamen de Orfeo. De la libreta pasaban a otro cuaderno, el de los esqueletos del texto, con frases cortas o palabras dibujaba un croquis de las historias, las características de sus personajes, si soñaban o no soñaban, si recordaban, si fantaseaban mientras dormían: muchas reproducían los acontecimientos de lo imaginado, otras tan solo su atmósfera.

Sabía que no había dormido y comenzaba el punzón ardiente en la boca de mi estómago. No venían las ideas de la nada, el día sería un performance vano, signo de la ansiedad de la noche: volver a trabajar, escribir sin rumbo fijo, sin una inspiración, sin la musa que fue Eurídice. El vestigio de la libreta se había vuelto un lastre, como aquel escritor que pierde el rumbo de las palabras u olvida sus significados.

Escribía mis textos tan apegada a esa libreta que me generaba un abismo, un vértigo y un desgano indescifrable e inefable no tenerla llena. Poco a poco me iba dando cuenta que tendría que volver a ella para sacar los últimos signos de lo que habían sido mis sueños; recobrar algunas ideas, volver siempre, a través de esa documentación a lo que había sido el pasado. Recuperar la certeza de que había existido ese tiempo preciso en el que podía extraer las ideas de mis pensamientos subconscientes y alimentar ese hoyo negro

que es la escritura que es la máquina del tiempo que es la reproducción oscura.
Un tiempo efectivamente soñado.

*Leí al inicio de la libreta:
Habrá espacios entre los tiempos indescifrables
dentro de los sueños, los baches que no corresponden
a una secuencia lógica o repetible.
Habrá fragmentos de lo que me dictó tal cual el sueño;
otros, corresponderán a cuando describa
aumente o interprete
y los más fieles cuando documente.*

Volví el silencio. Ni mis palabras dentro de mí, ni lo que pasaba en el espacio compartido con los otros resonaba. Aunque en el exterior oía permanentemente el ruido de la autopista, en ese momento se había difuminado lentamente el bramido de los carros. Volví de nuevo el cansancio. Continuaba la noche silente, ya nadie salía, tal vez ya nadie se agazapaba por ahí para atacar a otro, tal vez abundaban más los acosadores. El insomnio llegó poco a poco cuando empezó el confinamiento. Me despertaba con pequeños sobresaltos, retomaba el sueño, repasaba lentamente los recuerdos, alguna música o una simple imagen; pero luego me sobresaltaba sin explicación alguna.

Ahora ha empezado el desgano, un sinsabor y un tiempo irrecuperable. Al perder mi capacidad de soñar, me doy cuenta que las ideas, las fantasías o esas imágenes inventadas eran mi manera de supervivencia; documentarlas, mi manera de existir, de mantenerme bajo una lectura alterna de la realidad material o palpable, *el mundo común*, diría Green. Perder mis sueños es un síntoma más de lo que estaba pasando, una manifestación del virus y su forma de ascender sobre nosotros. El organismo vivo o muerto que no logra ser, un ser que entra, se expande, sin saber cómo interactúa, cómo se metamorfosea y que ahora se ha comido mis sueños.

Recuperar esa capacidad de navegar en la noche no era más que un capricho o una cuestión de apego para poder escribir. Era una manera de ocupar realmente el espacio, vivir el ahora, entender lo que estaba pasando; porque así estuviéramos observando el presente, no podíamos asirlo ni discernirlo verdaderamente. Era tan increíble, tan inesperado, tan incierto que teníamos que entender de algún modo lo que sucedía en la llamada realidad tangible, a través de otra realidad paralela; demostrar hacia el futuro que existíamos. Dejar un rastro de alguna manera para cuando todo esto desaparezca.

[III]

En el arbor de la mañana sentía la pesadez de los ojos y el crujir del estómago. Revisaba el celular que aunque ahuyentaba más el sueño, me permitía sobrevivir dentro de las tinieblas. La oscuridad se asemejaba al temor de la soledad; el silencio, amenazante y perturbador, me martillaba en la parte más profunda del cráneo.

Había pasado ya el tiempo, desde las 2:00 de la mañana observando los reflejos de los carros en el techo de la sala. Escuchaba sirenas o el vacío aterrador de ese momento de la historia. Todo en la casa había perdido el sonido tranquilizador de las cosas que nos habitan: el congelador ya no sonaba con los cambios de luz, la máquina del café se había fundido, hasta la lavadora era un ser desconocido, sus ciclos eran más cortos, el aullido de la fase final de secado había sucumbido. Entre esos destellos y esas sombras, a veces lograba quedarme entre dormida pensando. La máquina de los sueños podía ser una solución, ya que mi libreta onírica se había quedado vacía, al parecer para siempre.

Ana me había sugerido la solución ante el desasosiego de haber perdido mi escritura. —Si no puedes escribir de tus propios sueños, escribe sobre los de los otros—, me había dicho esa mañana al teléfono. Ana era artista, se dedicaba a pensar conceptos para traducirlos al lenguaje visual, pero eso suena pretencioso para ella; más bien pensaba desde su arte las dinámicas de la vida cotidiana. Reflexionaba constantemente esas acciones que nadie piensa, las labores de la casa, el baile al lavar loza, dejar la ropa desordenada por ahí o el ejercicio al trapear la cocina; las mecánicas del trabajo, teclear en el computador por horas, estar como robot frente a una pantalla. También expresaba las más íntimas: dormir en las sábanas de otros, cargar con objetos inseparables en nuestros viajes, pensar y hablar en la ducha, las miradas perdidas, hasta la repetición de mirar el celular para naufragar en las redes.

Relacionarse con pequeños hábitos también era lo suyo y por eso nos habíamos conocido. Dormir, recorrer la ciudad, hacer vueltas de banco, caminar deteniéndose a detallar, dedicar su vida a trabajar, guardar souvenirs en los bolsillos para apañar la vida, recoger a los hijos, hacer la comida, volver a dormir, hacer el oficio todas las noches en la casa, la ropa y su olor; no detenerse, oír los pájaros sin saber su nombre, encerrarse en esta pandemia, poder contemplar el mundo desde la ventana. Ana hacía homenaje al arte actual, pensaba pequeñas acciones y las reproducía, tomaba registro, las transformaba en herramientas para ver en lo otro lo estético, lo que no es evidente, lo que nos resulta transparente.

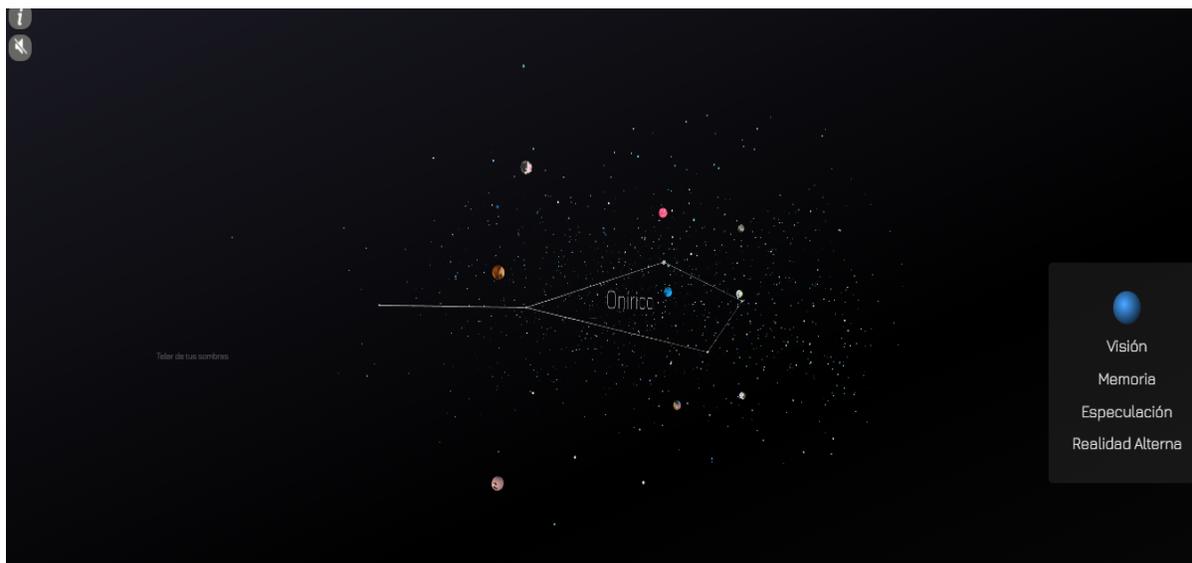
La había conocido en una exposición extraña. Las personas caminaban alrededor de otras personas que se movían en torno a objetos que admiraban y al mismo tiempo se volvían ellos. Personas-objetos.

Cuando la llamé esa mañana desesperada, me sugirió la máquina de los sueños, una tal exposición virtual. Ahí puedes soñar lo que no has podido, recoger lo que idealizan los otros, meterse en sus cajas oscuras, me confirmó. Pensé que era una excelente idea aunque de cualquier manera, así fuera una solución, no dejaba de angustiarme por la pérdida de una parte

de mi cerebro, mi reacción al encierro, las luces en la noche, las presencias que percibía por el corredor, el vacío dentro y fuera de la nevera que ya no sueña.

Era bastante frustrante pretender documentar una realidad que ya no existía, un mundo personal que se estaba diluyendo. Al mismo tiempo, era bastante paradójico tratar de documentar lo que pasaba en él mientras no se podía experimentar lo que sucedía afuera, al estar encerrados, un ahora totalmente desconocido.

Pensé cuidadosamente si quería vivir los sueños de los otros, anotarlos como míos en la libreta muerta. Era una excelente solución: había intentado dormir profundo sin ningún resultado, soñar intermitentemente, imaginar medio despierta escenarios posibles para ambientar la secuencia de un sueño. Nada había funcionado. No había otra escapatoria.



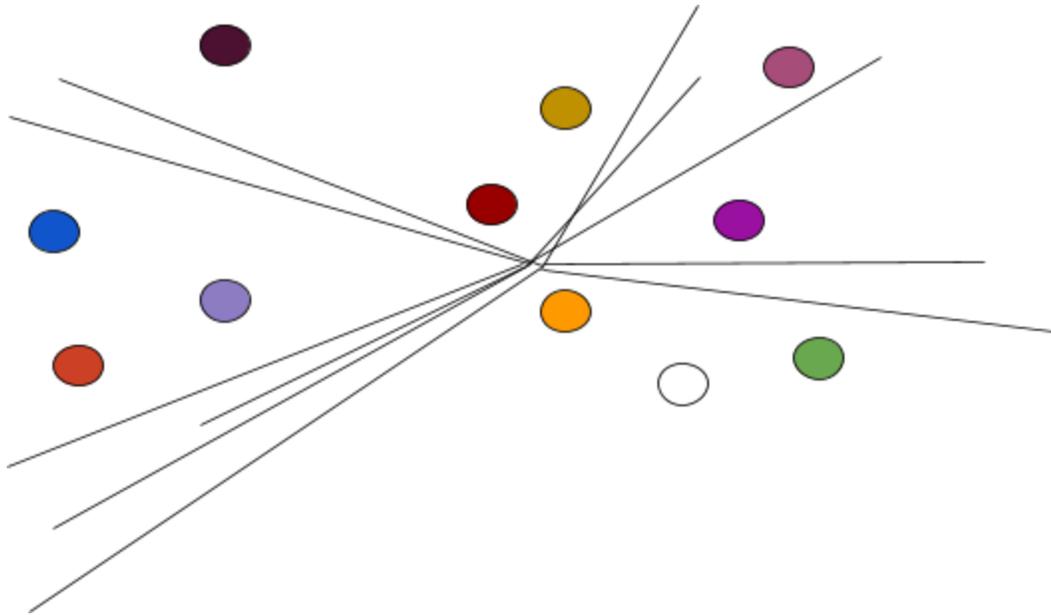
Prendí entonces el computador y busqué el universo negro que introducía a esa serie de experiencias del subconsciente de los otros. El viento me empezó a soplar en la cara, había abierto la ventana para asegurarme de que estaba haciendo esto completamente despierta.

La caja se llamaba *Sueños distantes*, una inmensidad negra y llena de estrellas al interior que se abría para introducir secuencias de movimientos, explosiones de galaxias, categorías relacionadas con lo onírico, con el mundo al cerrar los ojos.

El paisaje parece ser del universo, una galaxia, un hoyo negro, una nebulosa, otro sistema solar indefinible, negro con puntos negros donde de repente se acumulan muchos planetas. Luego, el sonido de una gran nova aparece. Me estremece en medio de tanto silencio. Esto me gusta, nunca había soñado con el firmamento, ni con las estrellas, siempre en lugares cerrados, no finitos como este, laberínticos. Al fondo empezaron a florecer, una a una, las palabras. Todas se relacionadas con lo que no puedo hacer: la experiencia onírica.

Hice un pequeño dibujo en mi libreta.

Sueño 1
Bitácora de sueños no soñados
[27 de octubre]



Cut-up

Efímero

Cerebro límbico

Misterios por resolver

Inconsciente

Pesadillas

Razón amante

Mensajes divinos

Proyecciones

Miedos

sútil substancia

Clave del deseo

Curiosamente son como un reflejo en el espejo de las constelaciones que he creado en mi libreta. Empiezo a confundirme. ¿Estoy escribiendo esto o lo estoy soñando?

La primera que aparece es la palabra sonámbulo. Me resuena. Sonámbulo. Parezco una persona sin mundo, que no sueña, no está ni en este ni en otro universo, se desplaza actuando consciente mientras la realidad es otra. Olfateo y no huelo nada. Tecleo una de las palabras centrales: Memoria.

Se activan otros planetas. Los sonidos son extraños, más electrónicos, como de cabina de nave espacial. Sugieren un viaje, uno virtual, otro mundo dentro de este mundo, uno aleatorio, donde se pueda explorar más allá, otro distinto al que nos encontramos cada noche, uno oscuro, indescifrable, imposible de registrar permanentemente.

Me levanto con el ánimo de encender la otra máquina, la del café. Introduzco el agua y saco el elemento de la bolsa. Es raro, no huelo nada. No llega a mi esa sensación de montaña con niebla intensa, ese amargo con ácido que produce el grano.

Activo el mecanismo, no escucho nada. Esa máquina también se ha callado. Se ha ido, como yo, al abismo. Sale la bebida y la saboreo. Nuevamente un sabor extraño, ni sabor ni olor. Cliqueo nuevamente en la otra máquina, sigue ahí el universo negro, lleno de nombres, luces y esferas, aparece algo, entiendo-interpreto que son las cajas negras de los otros.

Voy quedándome dormida, he perdido la sensación, la visión, la experiencia, el acercamiento con lo palpable, lo imaginable: se ha ido completamente mi relación con el mundo.

Sueño 2 **[28 de octubre]**

N8 suena extraño, interesante. Recuerdo nuevamente que me lo sugirió Ana, al contarle lo que me estaba pasando. Una aplicación web dispone de un motor de búsqueda con sueños o fragmentos de sueños pandémicos, es decir, lo que la gente está soñando mientras yo no puedo hacerlo. El aparato me explica: cuando subo una imagen, el mecanismo guiado por el algoritmo, encontrará otras relacionadas con la mía, entrelazará sueños pandémicos en los que “esas palabras aparecen”.

Por un momento se me ilumina el rostro, esto es perfecto, sólo tengo que imaginar qué podría o querría soñar de nuevo. Revisar mi libreta y encontrar una o dos imágenes para que ésta reproduzca otra y otra; es decir, que la idea de mi sueño se multiplique en la realidad de otro que sí ocurrió; sentir por un momento que fue real en mi cámara oscura, aunque haya ocurrido en la de otro. La solución ideal.

En la noche al despertarme sin rastro de mi andar onírico me levantaría y buscaría una imagen relacionada con algo frecuente de mis sueños, la máquina se activaría y así conectaría lo que otros vivieron en su mundo propio. Lo apropiaría y anotaría en mi libreta, lo acumularía como un sueño comunitario o cooperativo; solo yo, en algunos años, sabría que no soñé eso y que aún así fue mi sueño, puesto que lo escribí, lo reproduje y documenté con mis propias palabras en mi texto.

[IV]

Sueño 3

[]



En las mañanas, aunque andaba con mucho sueño como en las vigiliadas creativas que solía hacer antes de que todo esto pasara, trataba de concentrarme escribiendo desde la nada, escribir por escribir, ideas deambulantes aquí y allá que medio alcanzaba a asir. Aprovechaba la luz intensa que entraba por la ventana, se proyectaba en el escritorio y me pegaba fuerte en los ojos. Era temprano, de todas maneras a esa hora ya no podría volverme a dormir, sería imposible, me la había pasado toda la noche en parasomnias, dormía, despertaba en pequeños fragmentos y volvía a soñar o eso creo, porque nunca recordaba qué. Aparecían sueños interrumpidos, breves momentos de conciencia, premoniciones u otras veces de nuevo el sonambulismo, el cansancio.

Más tarde, cuando una sombra se apoderaba del escritorio, se iba el sol de la superficie blanca y llegaba el momento de concentrarme en mis clases. No dejaba de sorprenderme en qué nos habíamos convertido; de repente éramos los voyeristas de los mundos de los demás. La situación había logrado crear de la nada una especie de espectáculo de lo privado, pero también una especie de transfiguración.

Algunos con sus cámaras encendidas nos dejaban entrever sus gustos, sus manías, su manera de vivir dentro de sus espacios personales. Rápidamente habíamos llegado a inmiscuirnos en los mundos de los otros. Bastaba con abrir la pantalla del computador, espiar hacia adentro de cada espacio, habitación, sala, biblioteca; invitar a mis estudiantes a mi propia casa, mostrarles mis libros, mi mugre, mi desorden, mis sábanas, los objetos que me pertenecían y significaban.

Sentí en varios momentos que eso se prestaba para develar mis reglas y mis manías, abrir mi mundo privado, desnudarme por dentro como si les mostrara mi *caja onírica*.

Estaban ahí todos los días, me veían tomar el café en mi taza, contemplar mis plantas y hasta el cuadro de la friducha que tenía en la sala. Otros apagaban la gran imagen del computador y se

convertían en pequeños avatares, se hacían simples fantasmas, mutaban a una voz o nos llevaban a imaginar que eran una simple presencia. Asistía también a sus universos, cuartos grandes o pequeños, mundos introvertidos o acompañados. Todos abrumados como yo, en esta “nueva soledad”.

En medio de este encierro habíamos logrado subvertir el orden de lo público y lo privado, lo íntimo y lo común. Presentarnos ante los otros mediante el espacio virtual que es siempre tan indescifrable y tan inexistente que parece estar anclado al espacio real, paralelo y simultáneo, como una especie de complemento. Tal como el de los sueños, que sólo penetramos por una necesidad insaciable y eterna. Los espacios paralelos como los oníricos reunidos en uno solo, en el ahora: la casa de mis estudiantes en la mía, la yuxtaposición de los espacios y sus límites reunidos ¿quién lo creyera ? por la caja electrónica y su virtualidad.

En ocasiones las nubes se hacían grandes, amenazantes como montañas, en otras sólo visos o pequeñas estelas de viento que se podían percibir cuando alzaba la mirada y estaba hablando o mientras lo hacía alguno de ellos y yo me distraía. La luz empezaba a menguar hacia el mediano día sin que me diera cuenta. Durante bastante tiempo nos preocupamos exclusivamente en la creación de utopías y distopías. En los sueños que me acompañaban en el pasado siempre se reflejaban seres apocalípticos, con trajes y máscaras de protección con los que sólo podríamos respirar nuestro propio aire, aislantes, gafas para la luz ultravioleta, tapabocas. La utopía era permanecer en nuestro remanso de paz, sin que nadie nos atacara, con los límites bien puestos en cada espacio íntimo.

Ahora estamos navegando, sin darnos cuenta, contemplando e indagando el espacio propio, pensando en cómo es nuestro reflejo dentro de este, qué es lo que se repite, qué es lo que no tenemos, no nos caracteriza o nos diferencia. Entre los límites y los riesgos del otro, se puede hurgar, por ejemplo, en las casas de exhibición de arte, en sus pequeños secretos, en su personalidad y su diferencia. Un mundo dentro de otro, una heterotopía.

Sueño 4 **[29 de octubre]**

DREAM

*Veo luces y colores,
colores,*

muchos colores con tambores y muchas siluetas.

*Destellos de energía como la onda de un lago
o cuando vibra la nevera.*

Un aparato en la noche no me deja dormir.

*Fucsia, pepas y círculos azules,
ojos que explotan como galaxias.*

*La luz se descompone:
si no se llamara luz se llamaría sonido.*

Ojos, odio los ojos.
Cuando era niña vivía un delirio.
Entre fiebre alta y sueño dislocado,
veía que me miraban

los ojos de cerca,
desde lo alto, ojos por todo lado.
Se acercaban y me perseguían.
Veía el aparato óptico y seguían incriminándome.
Ojos por todo lado,
grandes. Se reproducían.
Sin cara, sin sonido,
sin nada animado.

Una serie de imágenes,
como un laberinto,
un ojo,
un collage
unos corredores estrechos,
luego las rayas de colores de la programación
cuando ha finalizado.
Hay alguien que siempre aparece,
alguien mirándome
¿Dónde está la noche cuando pernocto aquí?
¿Dónde está la mente?

Acción viva. Palabra hablada.
Sonido digital y acústico.
Síntesis granular de grabaciones de campo.
Video.
Acción viva. Palabra hablada
Imagen. Navegación. Móvil.
Sonido acústico. A veces digital.
GIF y video loop.
Acción viva. Palabra hablada.
Imagen documental.
Generación de avatar digital.

[V]

Sueño 5
[30 de octubre]

Caja negra de los destinos

Somnolencia vivida

Abrir los ojos

Reflejo

Miedos

Tejido

Símbolos

Libertad

Estado alterado

Fantasía

Iluminación

Obturador del revelado

Activo nuevamente la máquina de sueños, juego de constelaciones hechas con el intríngulis de las palabras. Pienso en mis propios sueños, conjunciones de asociaciones arbitrarias cargadas de absurdos desconocidos y premoniciones angustiosas e infelices del pasado.

Busco nuevamente en la categoría Memoria, la obra N8 alimentada por el archivo [Pandemic Dreams Archive](#), la máquina inteligente creada para soñar a través de los sueños de otros internautas, más de 450 sueños en línea. Exploro varias imágenes, la imagen que se me proyecta y me dice algo es una mano; siempre sueño con ellas, las mías se aparecen con arrugas y comisuras entre los nudillos y las uñas, siempre son grandes, largas, majestuosas.

A veces, las miro una y otra vez sin entender que son mías.

¿Esto en realidad está pasando, estoy volviendo a soñar?

Aparece nuevamente el anhelo de despertar. Cuando doy clic a la imagen accedo a las diferentes interconexiones establecidas por la máquina, una palabra clave basta para encontrar una serie de descripciones de lo soñado; el mundo propio de los otros va apareciendo como si fuera real, como una narración verosímil, capaz de ser comprobada. Me invade una gran tentación por acceder a esos sueños, siento mucha curiosidad de conocer los mundos privados, derivar en ellos, imaginar que son míos, que por segundos me he sumergido en esos mares vivientes, circundantes. Seguramente otros creen como yo que sus sueños guardan un valor más allá de lo vivido en el subconsciente, consideran que ese momento, fuera de este mundo puede conectar con el pasado y con el futuro, con tiempos desconocidos que no podemos definir, que reúnen augurios, se adelantan al futuro, nos encierran en un tiempo predispuesto e imparabile, en este mundo donde ya no existe ni el mismo futuro y todo es sinsabor e incertidumbre.

Encontrar estas imágenes y sus relatos se convierte en un pequeño bálsamo dentro de la angustia de la creación. Aquí nadie me exige entregas ni productos, nadie juzga, nadie presupone o demanda conocimientos bien fundamentados, ecuanimidad en lo que digo como mis estudiantes. Aquí puedo explorar en que los otros también son vulnerables como esas hojas que se están cayendo, ocres y plomizas en el extremo de ese árbol que veo al otro lado de mi ventana. Nadie las ve, nadie las toca, nadie las tiene en cuenta, sin embargo, existen, permanecen allí, hasta que caen, ruedan por las aceras y las pisamos.

Finalmente, —pienso mientras me consumo por las imágenes y la serie de palabras que se repiten una y otra vez— una manera de acceder a los mundos propios de las otras, otros, otras, a su interior profundo, al recuerdo almacenado, a las personas y lugares asociados a su vida.

Puede ser también a lo que desde allí visualizan en el futuro, una especie de premonición.

Sueño 6 [31 de octubre]

Café.

Leo detenidamente uno de los sueños:

“Había un borde invisible entre la cocina y la sala de estar. Mi sobrino de 9 años intentó pasar, pero se lo impidieron voces confusas y superpuestas que anunciaban nuevos números y gráficos coloridos que superponían la imagen. La puerta estaba abierta y estaba mirando al resto de la familia en la habitación. No había nada concreto que impidiera el paso, solo una ley que venía de las voces y los gráficos. Él por un lado y el resto de la familia por el otro, discutían sobre si violar o no la ley. Él pensó que si pasaba rápido nadie lo vería, pero los demás se aterrorizaron y le pidieron que pasara comida y alcohol en gel por la puerta sin acercarse demasiado.”

Leo otro:

“Dejé el cuerpo. Fue increíble en la casa de nuestra tía. Fue un accidente automovilístico, los coches estaban rotos, encontré a toda la familia en ese otro lugar. Dormí, salí del cuerpo y caminé entre ellos, vi a la sobrina, vi a los niños, a los grupos, a los cachorros, al otro hermano y la mano también estaban. Todo lo que pasó fue realmente asombroso, tenía un poco de miedo de volver al cuerpo, al momento de regresar tenía miedo de no tener éxito. Pero es mi inexperiencia, tuve que forzar la barra, pero volví con calma. Estaba feliz saludando a todos, no estaba seguro si estaba en el cuerpo soñando o en el cuerpo real. Tenía puesto mi abrigo morado. El padre no estaba, los niños estaban todos y muchas personas que no conocía. La gente estaba haciendo comida todos juntos.”

Sueño nuevamente...

“Estaba debajo de un árbol y fui visitado por un querido amigo de muchos años; tío Carlito. Está físicamente discapacitado, ha perdido ambas piernas, está en silla de ruedas. Persona muy alegre y divertida, estaba feliz como siempre. Estábamos hablando y de repente vi una mariposa con partes plateadas volando sobre nosotros. Extendí la mano, la toqué y muchas partículas plateadas

cayeron sobre mis brazos ... Me miré los brazos y las manos y mi piel estaba muy oscura y brillaba con puntos plateados. Después mi pareja y yo íbamos a salir de casa y me acordé de ofrecerle al tío Carlito una cama para descansar... Mi pareja ya lo había llevado a una cama.”

Los anoto en la libreta.

Sigo sorbiendo el café de a pocos, creo que a veces viene el recuerdo de su aroma. Clavo la mano entera en el frasco, empiezo a tocar los granos, miro mi mano nuevamente, se va desfigurando, es una mano gigante, parecida a la que hace un momento observaba vacía. Me doblo hacia el receptáculo, me desplomo un momento. Palpo suavemente la textura que se me hace fina, elegante, sedosa, aunque no siento nada, mi mano sigue ensanchándose.

¿Adónde va a parar todo esto? Aparece en la pantalla nuevamente la palabra-imagen: mano. Escribo lento en la libreta, lo hago como lo he hecho siempre.

Al traspasar los sueños al papel aprendí de Perec a dejar los espacios para esos fragmentos de tiempo que no puedo explicar, lo que se va perdiendo lo simplifico, no uno mucho, no encadeno, “¿Por qué transcribirlos... si sabemos que lo único que haremos será traicionarlos (y sin duda nos traicionaremos al mismo tiempo)?” Dice él, al inicio de su libro *La Cámara Oscura*. Lentamente, como en tiempos pasados, como si fuera un sueño, dejo los espacios correspondientes en mi libreta gris.

¿Qué puedo esperar de estos sueños? ¿Cómo me van a devolver los propios, mi escritura? ¿Volveré a sentir la textura sávida del grano?

Pruebo el café, lo siento insulso, soso, sólo percibo el amargo, he perdido su aroma, su frescor, su sensación de abrazo. Cuando despierte volveré a documentar mis sueños y convertirlos en un archivo, tal como este que veo, podré volver a él suavemente, componer desde sus letras, asociar sus imágenes una y otra vez como en una película para volverlos palabra-relato. Alguien pensará que fue producto de mi imaginación pero que soñé, que lo que pasó, realmente pasó dentro de mis sueños y eso me hará vivir nuevamente.

Recibo un mensaje: Veámonos hoy, tomemos algo, un té...un café.....Ya es hora de que salgamos un poco de esto. Es un mensaje de T..

Me quedo pensando si valdrá la pena arriesgarse y vivir un poco la vida o seguir protegiéndola sin vivirla. Recuerdo la sensación de la bebida amarga. No estoy soñando, sólo recordando. Mi gata viene hacia mí y se posa encima del escritorio, maúlla, en realidad emite un sonido, el mismo que hace siempre cuando requiere un poco de atención.

En este archivo de sueños asociado me recuerdan que todo lo que uno sueña, una y otra vez, en tiempos alternos o paralelos lo está soñando otro, lo está reproduciendo en otro aparataje, otro mundo u otro planeta. ¿Cómo sueña un ciego? Reproducimos cientos de miles de imágenes una y otra vez, porque somos videntes de una realidad material presentada de alguna y otra manera con pequeños movimientos y acontecimientos, representaciones y asociaciones de mi lenguaje y mi cerebro.

Los ciegos no pueden soñar, sólo lo hacen quienes han percibido imágenes y las recuerdan como pequeños fragmentos de su vida, se sumergen en pequeñas nebulosas, quienes recuerdan paulatinamente lo que ha ido pasando, lo que quiere ir soltando o extirpando el cerebro; no lo hacen quienes no han visto nada en su vida. Los demás recuerdan, pero todos recordamos cuando soñamos ¿no?

No estoy ciega ahora, tampoco sueño. Es como si mi cerebro se hubiera apagado, vivo en la vigilia, no duermo, no estoy insomne, tengo parasomnia, tengo tanta necesidad de permanecer presente y entender todo esto que no accedo a lo que antes fue mi pequeña nebulosa. Los invidentes no pueden soñar, yo sólo sueño en la vigilia. Penetran al mundo profundo de día y de noche, se proyectan sobre otros sentidos, huelen lo que yo ya no puedo oler.

Ya no veo en la noche, ya no siento nada en el día. No soy ni ciego ni insomne.

[VI]

Luego del café...

Sueño 7
[2 de noviembre]

“Fue una fiesta clandestina. Nadie sabía dónde estaba. Cada vez entraba más gente, pero nadie se iba. El espacio se estaba volviendo cada vez más claustrofóbico. Estaba con Anahi. Pasaron muchas cosas, pero no recuerdo eso. La mayoría de la gente en la fiesta era negra, pobre, agresiva, caótica. Recuerdo que al final tomé el celular en mis manos. La fiesta estaba a punto de terminar. Sin que yo entendiera cómo me quitaron el celular de la mano. De hecho, no pude ver quién se lo llevó.”

Recuerdo que aún no puedo salir, pero he salido de alguna u otra manera. ¿Por qué he decidido ir a exponerme nuevamente?

Llego hasta mi casa en el albor de la noche. He podido reconocer a algunos amigos en el encuentro. Reconocernos en medio de esta apariencia con máscaras ahora más evidentes. Ana nunca llegó, al parecer también estaba invitada; no era una sesión demasiado llena, pero no le gustan los eventos con personas, demasiado atiborradas y menos ahora. Ana cree que en el encuentro más íntimo puedo reconocer más al otro o apenas reconocerlo, una reunión entre dos, una cena entre amigas, verse las caras, hablar de sus rituales íntimos, resonar mucho más en el otro. Le digo todo el tiempo que exagera por su manía permanente de analizar lo que nos pasa interiormente en el día común, pero viviendo las circunstancias del ahora le he concedido toda la razón, allí nadie estaba en realidad con nadie. Todos teníamos la necesidad inmediata y ansiosa de volver a reconocernos, saber de nuestra supervivencia, palparnos en la distancia de los dos metros reglamentarios. Ahora todo es muy genuino, pero confuso; la llaman nueva normalidad, que de común o cotidiano no tiene nada, más bien todo está trastocado y difuso. No recuerdo muy bien lo que ha pasado. No sé muy bien si he soñado. No existen las nuevas normalidades. Todo estaba demasiado nublado, todos invadidos por la necesidad de tocarnos, de vernos, de salirnos de nosotros mismos o de al menos poder intercambiar en ese mundo compartido.

Me lavo bien la cara y me sirvo ahora un té. Aún no tengo sueño, a pesar de que llevo varios días en vigilia creo que me he acostumbrado a ese nuevo horario. El té me sabe amargo, sólo amargo, creo que he escogido uno de mala calidad o no he sabido prepararlo. ¿Cómo puedo soñar nuevamente? ¿Podré volver a hacerlo sin la máquina onírica que tengo abierta permanentemente? Imagino que el cuerpo también tiene un límite, mi cerebro no puede

estar acumulando, una tras otra, las imágenes de mi experiencia, sin poder procesarlas de alguna manera, debe arreglárselas para digerir y degustar los recuerdos acumulados y sin sabor que he ido relacionando con lo que voy viviendo. En unos años soñaré con lo que está pasando, podré conectar con algo que viva en ese entonces. Descifraré el pasado con lo que sueñe en el futuro. Aunque la premonición se vuelve cada vez menos contundente si no hay siquiera un presente constante y convincente.

Decido abrir la máquina. Seguir alimentándome con ella.

Cierro los ojos para ver si se produce algo. Me adormezco en el sofá y siento esa luz que se asoma por entre la montaña, certera. Es de día, no puedes ya soñar. Me levanto y me dirijo a la ventana, pocos carros y unas cuantas personas con sus perros; ciclistas que se dirigen a sus trabajos, transeúntes o migrantes que no pueden guardarse, igual deben salir, arriesgándose a ser reparados, por fin percibidos bajo la sombra del *ilegal*, sin autorización a circular, a salir.

“Caminé por las calles de Lapa en Río de Janeiro, había gente en todos los bares y calles, una alegría nunca antes vista se llevó a la gente, al mismo tiempo que moría. Estaba delicioso. Toses y risas se mezclaron, la gente se abrazó y cayó riendo y muriendo. había una increíble sensación de bienestar y aceptación de la muerte, de buena muerte, placentera como un orgasmo fatal. Hacía calor y estaba bebiendo de los vasos de gente que ya no vivía, parecía que mi muerte se acercaba cuanto más feliz y cómoda me volvía.

Me percató de lo que tal vez he soñado. Soñé que salí y fui a una fiesta, al menos al encuentro de algo. Trato de recordarlo pero hay un aire pesado, he visto a algunos amigos, he visto a ese hombre con gabán negro y pantalón de drill oscuro, he caminado por ese corredor hasta salir a la terraza con la copa en la mano, he visto constelaciones de estrellas pues la noche estaba despejada. Parece que al menos lo he intentado y ahora reposa en mi libreta. No puede ser real, no puedo salir, cuál es, entonces, el camino para volver a entender el mundo. Otro mundo, como el del ciego, como el de aquel que va con su bicicleta al hombro porque se ha pinchado. El trashumante sin rumbo fijo, sólo con el objetivo de moverse.

Siento el líquido del café caliente, lo paso por mi lengua, insípido, dulce -amargo. De nuevo no percibo nada, sólo un breve disgusto.

[VII]

Al despertar, intento varias veces recordar lo soñado. Vienen, a veces, recuerdos como relámpagos fugaces, la cena del otro día en el café, conversaciones con Ana, la visita a alguna exposición o feria, la charla con mi padre sobre sus objetos: aparecen levemente en la distancia, sin sonido, amenazadores y acechantes, pero no inminentes. Ya es un hecho, no tengo sabor, no tengo olfato, no puedo soñar. No puedo, al menos, volver a escribir. Aunque soñar sea siempre imaginar no puedo hacerlo de manera deliberada como lo hace mi subconsciente. No sé crear ambientes, ni nuevos personajes o que las personas que conozco reencarnen en la personalidad y en el nombre de otra. De la experiencia me dirán algunos, de la lluvia de ideas, de lo que viviste el otro día en ese viaje. Pero no, simplemente no adquieren sustancia, no tienen temporalidad irreal como me gusta, no tienen voz propia porque son mi voz, son recuerdos realistas de lo que ha pasado, no tienen importancia para nadie.

La única alternativa que encuentro es inventar de la nada. ¿A qué llamo nada? A una realidad posible y alterna que no es tangible porque si imaginamos es desde la realidad alterna a lo elemental, desde sus invenciones reales que se han materializado porque han sido imaginadas. Entonces, la misma realidad es la ficción. Imaginar no es inventar, invento de la nada, de la imaginación estoy creando la realidad.

A pesar de que al escribir no se produjera mucho, de que no había una llama que impulsara el proceso porque son mis sueños siempre esa llama; había empezado a encontrar un presente, una manera de reproducir lo que estaba pasando o iba a pasar a través de los mundos de los otros. La máquina me había permitido soñar, no sé si como un recurso de angustia o de perdón conmigo misma o simplemente registraba la época que mostraba mis preocupaciones, mi etapa de escritura vacía o alguna premonición del malestar que se estaba expandiendo por el mundo, otra señal de que las cosas se estaban agotando.

Se trataba de una pérdida de los sueños cada vez más notoria, por lo tanto un quebranto de mi imaginación, mi creatividad y mi futuro. Iba encontrando cada vez más el camino a expandir esa esfera en la que desde hace mucho me había sumergido. Era un presente cada vez más lúcido, encontrar la máquina, ponerla a funcionar desde sus palabras y reproducir los sueños que otros habían narrado. La libreta gris de los sueños se había transformado, se ocultó por unos cuantos días, se refugió en el entrepaño de la mesa de noche donde había desaparecido completamente. Pero ahora renacía de ese cajón, blanca y fría como la hierba de la sabana bogotana, renovada por un nuevo rocío, impregnada de otro sabor.

Cerré los ojos nuevamente, la luz no había penetrado la ventana, ni se proyectaba aún en la pared. El día anterior había podido dormir en pequeños fragmentos. Quería mi café, pero seguía pensando en la ausencia, en la falta de mi mundo oscuro, donde podía ser sin ningún prejuicio, donde me podía pensar de otra manera, donde todo acontecía y a la vez nada, porque nada quedaba registrado en una realidad omnipresente que compartimos y damos por hecha para nombrarnos.

Recordé que antes soñaba con bosques e incendios, ramas secas y flores regadas por el piso. Escuchaba los sonidos de mis pasos, el roce con las hojas, pero nunca reconocía los olores: lluvia, ciudades perdidas, ríos sobre carreteras o gente perdiéndose en ellos.

Cerré por un momento los ojos y me deslicé entre la manta. Hojas sueltas, muchas hojas sueltas se van enredando en mi caminata. Una luz extraña aparece, me habla la voz de una niña y entonces revive mi libreta gris. Empiezo a escribir en ella:

Sueño 8 [3 de noviembre]

“Me llamo Anachik, soy los sueños y los suspiros de nuestras hermanas y hermanos que han cruzado por horizontes, mucho más allá de lo que se puede ver, mucho más de lo que ustedes tal vez han visto. Soy todas las memorias entre el corazón del cielo y de la tierra, desde aquí Ichimuleo hasta las tierras del águila. Soy la hija del jaguar”

El sonido del agua está por todas partes, golpea en las ramas, se siente un arroyo más lejano, abro la boca y no siento el frescor de las gotas. Me habla nuevamente la niña, dice que es el alma o el espíritu de una migrante. Veo una jungla fresca, húmeda por momentos, el agua está cerca, el sabor de la montaña y el viento me circunda. Me siento confundida. Hace un momento estaba tumbada en mi cama, mirando hacia el techo, entre la manta. Aparecen otros destellos detrás de ella. Atrás, cantos de grullas, gallos, perros. La cara de la niña es una máscara de un jaguar.

“Hay cosas que debemos respetar y que no podemos tocar, como nuestro volcán”.

La tierra ya no es amarilla y verde, verde esmeralda, verde cálido y vivo. Ahora se torna blanca, oscura, en tinieblas; las tinieblas siempre hielan y siento frío. Me acomodo entre las almohadas y subo la cobija hasta mis hombros, mi temperatura se hace más cómoda, me da alivio, aunque veo el frío. El paisaje es ahora amarillo encendido. Amarillo sol, como cuando no podemos mirarlo fijamente. Arde todo, arde la selva y las hojas, la hojarasca de algunos pasos atrás. El bosque tropical se ha encendido, veo de repente rostros, rostros de mujeres y de niños.

¿Estoy escuchando realmente a esa niña?

¿Por qué es ahora un sueño?

Me despierto un momento. Pienso al tiempo que escribo en mi libreta si se pueden o no documentar realmente los sueños. ¿Cómo se puede registrar algo verídico para luego convertirlo en un territorio onírico, en un suceso surrealista? ¿Por qué surrealista, si en realidad pasó? Registrar será siempre relato, por más fiel que quiera ser al sueño.

Despierto. El sueño pertenece a la máquina, la que sueña en mi lugar. Si lo registro como mío, las imágenes serán igualmente borradas porque todo registro es efímero.

Atrás del bosque tropical las montañas con pliegues ascendentes y descendentes, agrestes y áridas que parecen dibujar los gestos preocupados de sus habitantes.

Hace calor ahora, después de la penumbra llega el sol tibio del amanecer. Escucho de nuevo la voz detrás del niño y aparece la máscara de un tigre o no sé si es realmente su figura.

*“Vivo aquí con mi familia mi nanay papa,
¿Bonito verdad?
aquí todo es bonito,
desde los huipiles,
nuestros tejidos que cuentan nuestras historias,
los bosques que parecen no tener fin,
las nubes que acarician las montañas,
nuestros guardianes en la distancia,
hasta los perritos de la calle...”*

Escucho los pájaros, los pericos, los gallos, los micos, perros, el agua....

*Amo a esta uleo,
a esta tierra.
La quiero muchisisisísimo,
pero también temo por otra
por las cosas que nos quieren hacer daño,
nos quieren quitar nuestras casitas
nuestra mipa
nuestra alegría
hay mucha violencia de los que tienen poder
da mucho miedo y hay cosas que no podemos controlar
y debemos respetar
como nuestro guardián blanco
el volcán de fuego...*

Puedo voltear a mirar hacia atrás, ya no está delante de mí la montaña sino la casa, es alta, modesta, con dos niveles estrechos y una pequeña terraza que recibe al visitante y lo descansa; construida con arcilla revela la sencillez del bosque tropical y la frescura de la selva. Adelante, una silla, una mesa y un mantel, no diviso a nadie adentro, parece que todos se hubieran ido. El perro sigue deambulando.

El guardián blanco explota de repente, estoy tranquila, observando todo de lejos, como en tercera dimensión. Puedo ir hacia adelante y hacia atrás recorriendo ese pequeño cuadrado de tierra.

Todo está prendido, las hojas sobre las que caminé, la tierra húmeda y apiñada, el río que suena al fondo.

Sigo sin poder sentir nada en el paladar. El gusto está muerto, seco. Ni olor ni sabor de las comidas, de las frutas o el viento cálido que paladeo desde mi nariz hasta mi memoria cuando recorro el campo. La luz está cada vez más cerca, ya se proyecta en la pared detrás de la persiana. Me abrazo aún más fuerte al calor.

La niña ha desaparecido y detrás está el río. Lo escucho fuerte; huele a calor seco, hay una especie de humo y viento que lo va apaciguando. Aparece la niña, envuelta en luces artificiales que se asemejan a un nimbo de luciérnagas.

La mañana se aproxima, llegó nuevamente, sin sueño, sin sabor, sin olor. Creo que ahora soy una leve aparición de esta mañana, me he ido desdibujando y desapareciendo.

De repente, surgen rostros, son de un grupo, tal vez, de una población que lo ha dejado todo, no lo ha perdido todo pues tiene todo por ganar. Sigue el sonido del río en el fondo.

*“Los jaguares nos acompañan
a cada paso de nuestro viaje
porque somos los valientes y poderosos,
somos los hijos del jaguar”*

Permanece el río, suena cada vez más fuerte, la niña reaparece y medio puedo verla, tiene los pies sumergidos en el torrente y la acompañan las luciérnagas. Poco a poco se va desdibujando aunque su presencia es como la corriente, persiste en mi cada vez más ávida. Una máscara de jaguar reaparece.

Recordé que no he vuelto a tomar café. También se me ha perdido el hábito. El sol ya está sobrepasando la cima de la montaña; se ha asomado, parece otro volcán, se proyecta entre mi persiana y mi cara, sin que pueda mirarlo fijamente. Amanece.

[VIII]

Nuevamente anda ausente. Como el sueño se compone de la memoria, pues aún no me visita, suele hacerlo cuando no se asoman las preocupaciones fuertes, cuando duermo profundamente y logro fundirme en mis fantasías genuinas. Sin el mundo propio, escribir en la libreta es caótico, mi memoria falla, cuando me sumerjo en la máquina onírica mis procesos creativos son más fuertes. Lo que quiero recordar o no he apartado intencionalmente de mi vida se desvanece, está inerte, no aparece, no hay vivencias, experiencias, anécdotas que me parezca importante narrar.

Retomo la taza de café, me está quemando, no produce nada en la lengua más que un ardor. Nunca he sentido en los sueños el sabor o el olor, el recuerdo de los lugares por una sensación, un aroma o una armonía desaparece totalmente en la cámara onírica, oscura, diría Perec. Los lugares los percibo a simple vista, —algunos que he visitado, otros que no conozco—, no por mis otros sentidos. Tal como me está pasando ahora. No distingo muy bien la luz, ni sé muy bien en qué momento puedo ponerme de pie, lo único que me queda, escribir, también se ha perdido.

El tiempo está inmóvil. Me sigo quemando. ¿Cuánto habré olvidado que no puedo andar soñando? Toco el piso descalza, recuerdo las hojas del sueño pasado en el bosque tropical, siento el frío del piso. ¿Podemos recordar lo que no hemos vivido, reconocer lo que no hemos recorrido? ¿Ir y venir por recuerdos que nos son ajenos?

Tengo hambre ¿me puedo alimentar de esos sueños de los otros?

Nadie ha llamado, nadie llama, ya no contesto. Ando como zombie, sin ganas, sin gusto, sin temor, todo nublado, como la luz que atraviesa la montaña y no es luz, es agua condensada, un agua extraña. Tiendo rápidamente la cama para acostarme encima de las mantas, no puedo salir, no puedo viajar, no recuerdo bien qué soñé esta mañana, si lo soñé o lo imaginé.

Abro de nuevo la máquina, me recibe un universo negro lleno de estrellas, planetas de colores y música interestelar, la cámara negra por la que pasamos siempre antes de ir a ese mundo extraño que es el sueño, un pasaje necesario y momentáneo, que ignoramos pero que es necesario para traspasar de un lugar a otro: negro; mientras cerramos los ojos y vamos desprendiéndonos y abandonando el mundo que habitamos.

Vuelven a aparecer las palabras, una tras otra, en movimiento. Desaparecen nuevamente en cada punto las constelaciones que se van uniendo con cada letra y con el sentido de cada estrella ¿Por qué la insistencia del ser humano en buscar formas, en armar figuras, en encontrar siluetas que no existen?

El juego propone una cartografía, recorrer el mundo negro y propio de los otros, el caleidoscopio asociado por las palabras y sus sentidos. Nuevamente ubicar con palabras, lo que han soñado otros, asociar sus visiones, interpretarlos, saber que en el futuro se reproducirán en otro subconsciente. Puedo encontrar aquí las personalidades de los otros o su vida desnuda allí. Podría ser un nuevo retrato dentro de lo no visible, lo no dado, lo disímil e inverosímil.

Nadie abre los sueños nunca: a través de esta máquina, puedo hurgar en su experiencia, explorar en el mundo propio de muchos según la región en que se encuentren.

Vuelvo a llenar la máquina con agua para un café doble. Se activa, suena y se retuerce. Pienso por un momento: por qué mis recuerdos están vaciados, si estoy vacía, qué es lo que me produce la falta de ensoñación. Hago un esfuerzo. Recuerdo los cafés de la ciudad donde más triste me he sentido. ¿A qué sabían? La máquina para. Si puedo leer una buena parte de los relatos reunidos en constelaciones semánticas en el archivo de los sueños, podré encontrar de repente un vestigio de lo que fueron los míos.

Sueño 9 [4 de noviembre]

VÉRTICES

*Ve una serie de recuadros, al mismo tiempo no veo nada.
La serie de imágenes que se suceden indican una secuencia no resuelta.
Camino por el laberinto y las paredes siempre se estrechan.
Voy caminando y palpando esas paredes y ese circuito
que va de una habitación a otra sin una enumeración clara, sin guías,
sin fichas de recorrido.
En este espacio que estoy viviendo no se palpa nada
y al mismo tiempo puedo tocar todo.
Si tengo en cuenta lo que he vivido aquí para más adelante
creo que encontraré respuestas a lo que ha estado pasando
y a lo que he estado viviendo.*

*No hay realidad paralela,
no hay realidad virtual,
todo está resumido al lenguaje.*

*Una serie de cuadros se reúnen como pantallas
y forman una secuencia.
No tienen relación,
cada persona desde su cuadrado ejecuta una acción distinta,
una se mueve por su pequeño espacio de su cuarto,
encerrada, pequeña,
recorre una pequeña burbuja que puede estar en su interior.*

*El ojo vuelve una y otra vez,
recurrentemente.
Me persigue por esta fiebre y este delirio.
Siento que hace ya bastante tiempo no despierto.
Estoy navegando permanentemente
en este laberinto
pero no veo,
no soy consciente.*

SUEÑO A LA DERIVA [5 o 6 de noviembre]

Si viviéramos una realidad alterna no podría tener nuestras propias reglas, tendría que configurarse bajo nuevos criterios que nos sacaran totalmente de las estructuras que hemos inventado para suprimir la imaginación, la locura, la bifurcación. Si cada uno de nosotras pudiera construir su realidad alterna con sonidos, palabras indefinibles, imágenes aleatorias, sensaciones del día a día, del delirio y la vigilia, de la posibilidad basada en predicciones y en intuiciones, tendría que compartirla con esas otras realidades alternas para que sea comprendida.

Divagar únicamente en lo propio no tendría sentido. Relacionándolo encontraríamos la sincronía de lo que está en la realidad material que nos rodea, la de la vigilia.

¿Qué es lo que importa en este momento? ¿Quiénes son mis guías? ¿En qué dirección me muevo para resonar con más fuerza? En mis sueños siempre estoy extrayendo imágenes del televisor, zapeando, sin ningún hilo conductor o algún sentido. El barco a la deriva. Sin embargo, siempre va guiado por algún destino, nunca zarpa sin saber exactamente hacia dónde va, así se pierda, así aborte su finalidad.

Vértices me hace pensar en un caleidoscopio donde sólo puedo ver paralelamente un grupo de imágenes para que tengan sentido. Indistintas todas, llenas de color y sonidos, de narrativas diversas; aunque cada artista está allí con su voz.

Sus inquietudes y sus acciones no pueden navegar como un cuerpo individual, puesto que ya no sería la relación entre una serie de señales e impulsos telemáticos que se dan en el momento.

A todos los veo y los reúno, los apago y los vuelvo a prender en la opción que me da el navegador. Todos son personajes de mis sueños y al mismo tiempo rompecabezas que se van dislocando para no formar nada, como un buen performance: poner el cuerpo en juego, en relación y en lenguaje, entre las formas distintas que no vemos en la lengua convencional: discusión y contemplación del otro. Pensar si tu mundo onírico es a color o en blanco en negro, si traspasa las paredes o se queda en el interior de tu cuarto.

¿Quién nos guía y nos redime en ese mundo?

Desde el centro hay un ojo que mira, cuando era niña eso solo podía ser una pesadilla que se repetía mientras vomitaba en fiebre. A los extremos las imágenes se duplican y se distorsionan formando figuras como la que analizan los psiquiatras. Hay flores de colores y figuras como la de una mariposa polilla distorsionada que pronto se convierte en pulmón.

Otro de una flor que puedo mirar desde su pistilo pero que es clitoris y vagina, luego humo y núcleo otra vez.

Sólo veo a alguien que me mira y me mira o solo mira su pantalla mientras con su gorro puesto en la cabeza se diluye en otra imagen con puntos blancos y negros del televisor.

El ojo persiste en la mitad. En el otro extremo una niña formada por un rompecabezas, una mujer que camina por una habitación cuadrada. Unos con una velocidad fulminante, otros con la pasividad del voyeurista ¿Por qué las imágenes sobre los sueños siempre están llenas de ojos?

[IX]

Graham Green lo decía cuando reunió sus relatos matutinos en sus diarios: el mundo tiende a repetirse, tiende a ser recuerdo siendo ficción. Encuentra coincidencias que se vuelven temas comunes, repetitivos, vivencias si se quiere. Tal vez como una vida completamente paralela. Dentro de este archivo, dentro de la máquina, también habrá posiblemente una serie de coincidencias y experiencias con los que me son propios, los que he encontrado en mis libretas de sueños o los que puedo recordar vagamente. Lo cierto es que todos soñamos muy parecido, tanto, que podemos agrupar estos sueños en categorías como en [Pandemic Archive Dreams](#). ¿Estamos todos soñando lo mismo durante este momento? ¿Estamos dejando de soñar? No encuentro la respuesta al respecto aún, sólo puedo suponer que muchos padecemos de insomnio, que tenemos momentos de angustia, que hemos perdido el gusto, que nuestros inconscientes pueden estar encontrándose sin saberlo porque lo olvidamos. Puede ser que esto sea lo que me está pasando, somnolencia, insomnio, ansias de soñar.

El café sigue sin aparecer, ácido, amargo, no aparece nada del sabor terroso. En el sueño no siento dolor ni gusto de nada. ¿Cómo se describen allí los olores y los sabores? ¿Cómo escribir los sueños si son únicos, si no tienen sentido, si son cronología, referencia, bitácora, camino?

Si pierdo el gusto sólo puedo alimentarme de los sueños de los otros.

Si no puedo comer tampoco puedo crear, entonces sería doble el alimento.

El archivo es una red de inconscientes, una cartografía tejida con relaciones entre nuestros mundos propios, así no nos conozcamos, así permanezcamos en territorios o contextos distintos o no logremos percibirnos. Existe una especie de conexión inconsciente que se refleja en la comunión de nuestros sueños, las sensaciones del mundo exterior, la premonición de que algo siempre va a pasar. Pero también surge de una conexión con una fuente o raíz más profunda que los occidentales hemos olvidado o rechazado totalmente, la de los organismos humanos, algunos minúsculos, otros gigantes incomprensibles a quienes menospreciamos y sólo incluimos en pequeños fragmentos de esa cámara oscura que probablemente sólo podemos oír mediante *tomas* de hierbas donde las mismas plantas se manifiestan de forma onírica: la alucinación.

Tal como ahora en este encierro presente al que nos ha obligado un organismo que no está vivo ni muerto, que se mueve a través de la mutación y se alimenta de nuestro propio organismo, a veces de nuestra propia muerte.

Graham Green decía que si utilizamos nuestras libretas de sueños, si encontramos conexiones —como las líneas de significado que marcamos en las constelaciones de la máquina de *Sueños Distantes*— entre ellos o si los agrupamos; podremos escribir una especie de autobiografía o la biografía del mundo y esto es precisamente lo que relata en *Un mundo propio*. Entonces, si eso es cierto, —de hecho Green pudo hacerlo recopilando sus recuerdos oníricos en sus diario— entonces, esas cartografías presentadas en *Pandemic Archive Dreams*, a través de la agrupación de palabras reiteradas sobre un territorio y relacionadas por su significado, serán las memorias de este lado del planeta.

Este territorio colonizado y menospreciado por su historia y su tierra decidió registrar lo que anhela, vive y fantasea en esa cámara negra, que no está alienada ni podemos invadir, ni habitar o someter de forma permanente y menos en este tiempo inexplicable donde, precisamente —como mi café—, hay una anulación completa de la percepción, la conexión con las fronteras y del mundo interior para poder entender el exterior.

[X]

Confieso plenamente que estoy digiriendo mucho más mi atención al mundo común, al de los otros; aunque deba conformarme con observar simplemente desde mi ventana como aquella contemplación inocua que hacemos de los atardeceres, uno tras otro, siempre variables y siempre permanentes, la misma hora, la misma secuencia, la misma luz, los mismos a la vez.

La máquina del café vuelve a sonar como ya es costumbre en la mañana. Por primera vez en diez días logro percibir el dolor terroso que produce, es vago y ligero, pero permanece, no se escapa. Vuelvo a mirar por la ventana, las nubes apiladas con una carga ligera, al fondo el azul verde se divisa como insinuándome que aún estoy viva, que no estoy soñando.

El rayo agudo traspasa la montaña. De algún modo, al sentir ese primer sol que no está muerto que quema mi cara, estoy empezando a sentir todo nuevamente, puedo percibir algo profundo, verdadero, en el aquí, despertando del sueño.

Sentir en francés es oler.

Vierto el café en la taza, le agrego un poco de endulzante y leche, me lo llevo a la boca. No hay ninguna expectativa, como cuando hablé por llamada virtual—la última tendencia para conservar relaciones— con mi amiga Ana. Ella, preocupada por mi aislamiento y la imposibilidad de soñar, insistió en la visita continua al aparato negro productor de quimeras, contenedor de sustancias oníricas. Nuevamente siento frío, el que se produce todas las mañanas después de no haber soñado nada; me envuelvo en el chal, abro el computador recordando su consejo. Encuentro la máquina, tengo ganas de registrar algunos sueños de mi libreta, podrían quedar en ese gran contenedor de fantasías pandémicas aunque no sean de esta época. Leo nuevamente uno de ellos, la máquina me pide una imagen, cuál le puedo dar si en realidad no he soñado nada durante este confinamiento. Quizá pueda mirar los mundos paralelos. Inspirarme, escribir de esa nada que no me es propia. Tal vez en eso otro pueda encontrar algo que me devuelva el aliento. Aunque con la nueva capacidad de alucinar se está yendo el mal, ya puedo sentirlo.

Sueño 10
[7 de noviembre]

PARASOMNIAS

Ojos andantes
una estatua que cae
pestañas
“lavarse las manos
¿ya te lavaste la manos?
“nueva normalidad con privilegio”
Alguien que me despierte
y parpadeo
y parpadeo
que te ensucias de las cenizas del mundo

Ojalá que no te alcen en una plaza
¿Es normal la parasomnia?

Soñé que me despertaba
entre sueño y vigilia invocar la cura.
Una ventana en llamas
yo simplemente miro
“¿Hay sueños malos o buenos?”
Pestañas-Iris-Lágrimas
“Y parpadeo”
Un huevo negro, abro y cierro
miro
Las hojas caen y un astronauta aparece

“prende tu las llamas que no tengas que morir por él”
Aparece Colón, aparece Belalcazar,
cae
sigue cayendo
cuadros interpuestos
y parpadeo
“¿Dónde empieza el encierro?”
¿En el exterior hay un afuera?”
La luz vertical entra por mi nariz
La ventana
Estoy soñando
¿Estoy despierta?

En el sueño no hay realidades
desbordantes
Laberinto, collage
yuxtaposición
Nadie viene ya a despertarme
nadie viene a abrazarme
todos aparecen-desaparecen
Todos son ahora, góticas.

Escribiré entonces lo que vea en esta máquina, descifrada a pedazos, incomprensible a veces como los mundos de todos, como ese puente que es la duermevela, el hilo que nos va transportando lentamente a la cámara oscura.

Escribiré en mi libreta gris descifrando qué es lo que esto ha documentado, si ha encontrado realmente un poder curativo y restaurador con la conexión telepática que hemos mantenido desde nuestros encierros. Encerraré en estas descripciones apartadas lo que voy sintiendo, lo que voy recorriendo como si me fuera propio, como si esta documentación fuera parte de lo que soñé durante el tiempo no soñado, el detenido, el apartado. Volveré a sentir el olor del café y de la naranja temprana y cuando ya no me acuerde de esto, como ha ocurrido en otras ocasiones con mi cámara onírica; volveré a ello para recorrerme y recordarme. Lo haré propio, como si lo hubiese soñado, para repensar el pasado como un lugar incomprensible dentro de lo existente, un lugar que se va para otro mundo aparte, un palimpsesto que recorreremos cada noche y nos es siempre indescifrable. Enciendo la máquina del café, siento por fin, un olor terroso.